

**...en verdad te digo, que así como todos los
cuerpos arderán sin clemencia en el
infierno, así, en cambio, las almas todas
han sido, son y serán siempre salvas...**

David el Ateo
*Enviado a la pira por el Santo Oficio,
Ciudad de Lisboa, en el año del Señor de 1617.*

UNO

OTROS SON LOS DEMONIOS

En cuanto Francisco de Aguiar y Seijas atravesó la portería lo rodearon una docena de mendigos que, empujándose con la tosquedad de siempre, le arrebataron entre insultos los panes que cargaba entre los brazos. De poco valió que el canónigo conminara a los mendigos para que oraran y se arrepintieran de sus pecados antes de romper el ayuno, pues los mal vivientes devoraron los mendrugos ignorándolo, e incluso, muestra de la rudeza de los tiempos, alguien molesto por la magra calidad de la limosna le dio al religioso primero un empujón en la espalda, y luego un manotazo con poca convicción que sin embargo logró despertarle a Francisco el dolor en las heridas todavía frescas, en las laceraciones resultantes del infaltable castigo matinal; heridas abiertas por el buen trabajo de unas disciplinas eficientes y pertinaces que con el paso de los años habían mostrado contundencia, logrando incluso transformar, a fuerza de golpearla una y otra vez, la geografía de su espalda.

Francisco de Aguiar dejó de insistir en la importancia de la oración matinal y echó a andar. Y entonces, mientras recorría las calles lodosas, adentrándose en los últimos misterios de la ciudad y de la noche, Aguiar sintió un fuerte ardor en la espalda, y notó cómo unas gotas tibias y densas habían sido convocadas en un pequeño riachuelo sanguíneo, un hilo escarlata que escurrió lento, primero por el omóplato, para luego buscar el modo de encauzarse entre el surco de la columna.

A esas alturas de la vida, hacía mucho que para Francisco de Aguiar y Seijas ya no había dolores nuevos.

Pese a la molestia que suponía el roce del pesado jubón con sus laceraciones, el canónigo se recompuso pronto de ese sutil dolor, y de nuevo instaló en su rostro el gesto adusto que le caracterizaba. Continuó andar sin distracciones, retomando rumbo sin más dilación por entre las callejas oscuras, lóbregas, tortuosas, donde el amanecer aún no era ni tan sólo una promesa.

Y ahí fue que por fin, como lo temía, la miró, a la Meiga, en lo alto de la calle. Era apenas una silueta oscura, una mancha siniestra a lo lejos que luego de tantos años de verla a diario no requería ya de más presentaciones: la Meiga. Esa mujer intemporal que disfrazaba sus demoníacos meigallos¹ tras la apariencia de una mujer devota, que profería sus hechizos desde su boca de viuda, una mujer siempre generosa con la iglesia y que, justo era reconocerlo, había sido fiel a la promesa de acompañar a Francisco durante toda su vida. Porque la Meiga nunca faltó a su juramento de ponerlo a prueba de fe una y mil veces, de tentarlo con todos los ardides imaginables. La Meiga, que finalmente tenía más participación en la construcción de la fe de Francisco de Aguiar y Seijas que ninguno de sus mentores, y que por ello era un ser relevante en la construcción de su camino a la santidad. Porque la Meiga ejerció sobre su devoción una influencia enorme, mucho más grande de la que tuvo nadie, ni su familia, ni mucho menos el más devoto de sus hermanos en el credo.

La Meiga esa mañana de llovizna perenne iba apenas unos pasos adelante del religioso, subiendo y doblando callejas como un lazarillo, con una certera convicción que le eximía la necesidad de voltear a cada tanto para ver si él la seguía. Por eso, porque ella daba por

hecho que él iría detrás, Francisco de Aguiar supo que aquella iba a ser otra mañana de cumplimiento de malas nuevas, sin duda terribles todas ellas, a cual más.

Supo que sería mala la mañana, pero no le importó.

Anduvo despacio, sorteando absorto las irregularidades del camino, elevando plegarias al cielo pero no para pedir piedad en el porvenir, sino rogando por tener la fuerza para tolerar lo que viniera con resignación. Hacía no muchos años que algo semejante sucedió, es decir, que la Meiga en vez de asediarlo lo precedía, aquella vez también lo llamaron muy de madrugada al palacio del arzobispado, entonces, al llegar ahí su excelencia el arzobispo le extendió un papel lacrado, una caja de Pandora que una vez abierta se multiplicaría en suplicios. Ábralo, insistió entonces el prelado dibujando una enorme sonrisa, y a Francisco de Aguiar no le quedó más remedio que romper el sello, desdoblar el papel, y leer atónito. Enhorabuena, murmuró el arzobispo sonriendo, cuando Francisco terminó por fin la lectura, y después Aguiar y Seijas no pronunció palabra, no agradeció los cumplidos, besó de rodillas el anillo episcopal y salió tan pronto como pudo, rehusando la invitación a tomar la colación, como era costumbre del arzobispo.

Aquella lejana vez, ya fuera del palacio del episcopado, a Francisco primero le temblaron las piernas para luego estrujar con las manos sus sienes y elevar la vista al cielo, no como pidiendo clemencia, sino como buscando culpables. Poco más tarde, cuando iba resignado de regreso al claustro, se topó nuevamente con la silueta de la Meiga, quien tras soltar una carcajada se confundió en la oscuridad, o más bien se fundió con la oscuridad.

Poco después, ya una vez de regreso en su celda, releyó la misiva que le informaba de su nombramiento como canónigo penitencial de la catedral de Santiago. Cosa que de ningún

modo era una buena noticia para un hombre que buscaba la santidad de la renuncia, del recogimiento y la modestia. E incluso entonces, aquella mañana de hacía algunos años, pensó que ese nombramiento, que conllevaba la obligación de tener que confesar a hombres y mujeres indistintamente, era lo peor que le podría suceder.

Pero se equivocaba, porque lo peor está siempre por venir.

Por eso ahora, en esta madrugada fría de señales reiteradas y presagios funestos, a Francisco de Aguiar y Seijas le quedaba claro que si la Meiga se le adelantaba nuevamente, era sólo por la evidente prisa que tenía para llevarlo hacia otras malas noticias. Porque ni duda cabe de que, si bien a cualquier otro hombre de la iglesia le hubiera dado un inconfesable gusto recibir tales reconocimientos por su dedicada trayectoria, si era cierto que a cualquier otro religioso le encantaría cumplir tan elevadas encomiendas con gratitud y sin recelo, a Francisco de Aguiar y Seijas no, a él eso de los reconocimientos no le procuraba ningún agrado, en cambio con toda sinceridad le hubiera gustado no verse en el trance de recibir tales honores, él preferiría con mucho que lo dejaran cumplir discretamente sus dos humildes votos: servir sin pausa al apóstol Santiago, y de ser posible emular la ejemplar austeridad de San Francisco.

Se dice fácil.

Aunque de lo preferible nada ocurrió, y por eso hoy ahí está de nuevo Aguiar subiendo las escalinatas del palacio episcopal, donde hace poco más de un lustro que lo nombraron canónigo penitencial y ahora el Señor lo lleva de vuelta ante la enigmática sonrisa del arzobispo, otra vez esta recibiendo una misiva sellada, otra vez se encuentra a punto del desmoronamiento. De nueva cuenta le hubiera gustado marcharse con el papel lacrado

hasta el recogimiento de su celda, pero la mirada ansiosa del arzobispo lo conminó a cumplir con el ritual de hacer públicas las notificaciones de sus caídas. Ahora, ésta ocasión era peor que la vez anterior, mucho peor pues ahora lo nombraban obispo de Michoacán², ni más ni menos, lo que hasta al arzobispo descompuso, pues cualquiera que medianamente hubiera conocido a Francisco de Aguiar y Seijas, sabía que ordenarle que se embarcara para cruzar el océano era mucho peor que pedirle que fuera de modo propio hasta el último círculo del infierno.

En verdad te digo, son extraños los caminos del Señor.

Apenas Francisco salió del palacio episcopal hacia la madrugada lluviosa, la Meiga se le paró enfrente, y luego se postró despacio, se le plantó de rodillas, irónica e insolente obstruyéndole el paso. La Meiga con la cabeza gacha, casi sumida en el regazo, ahora silenciosa mientras tras ella un coro demoníaco ensayaba estridentes carcajadas, y a Francisco de Aguiar y Seijas, desde lo profundo de su miopía, le pareció distinguir entre los diablos que acompañaban a la Meiga los rostros iracundos de los que de pequeño supuso eran sus ángeles custodios; los mismos demonios que mal que bien le cuidaron en la infancia para luego abandonarlo en los peores momentos de su juventud. Y después de un instante que a Francisco le pareció una eternidad, la Meiga, todavía arrodillada, hizo un ademán brusco, y en el acto el coro temeroso calló las risotadas, y ya reinstalado el silencio sepulcral de la fría madrugada, la Meiga, con un tono de ultratumba y sin dignarse a levantar la mirada, le dijo:

-Cuánto tiempo llevas luchando infructuosamente, Francisco, cuántos vanos dolores a cuestas has soportado con tal de no reconocer la certeza de que sólo el mal es verdadero.

Recorrió con el semblante descompuesto el camino de vuelta, ajeno a los perros que le ladraban, y ya de regreso en paz de su celda, con la mañana aún lejana, Francisco de Aguiar y Seijas estuvo tentado a maldecir su suerte, tentado a pecar de blasfemo, pero se contuvo, controló a las palabras insensatas que encantadas se hubieran desbandado de sus labios, pero aún así, pese a contenerse, decidió administrarse un contundente castigo, pues estaba claro que pecó de pensamiento, estando como estuvo, tentado ni más ni menos que a cuestionar los secretos designios del Señor.

El Señor, el misterioso Señor del cielo a quien ahora le había dado por arrojarle encima toda clase de pruebas. Y sí Francisco se atrevía a algún reproche, a algún cuestionamiento ante los designios del altísimo, era tan sólo para preguntar por qué ahora tales pruebas, por qué a esta edad tardía y de vigos menguados era que el Señor le demandaba una entereza que no es propia de este mundo.

Pero dentro de su celda, a Francisco de Aguiar y Seijas las dudas le duraban nada más un instante, pues de inmediato buscaba bajo los tablones apolillados de su cama un estuche de cuero, desastrado a fuerza de uso, donde guardaba sus únicas posesiones, los únicos objetos que en este mundo le pertenecían: un cilicio con cuerda de cintura, dos con cuerda de muslo, y siete disciplinas de plata que, en los peores momentos de su vida y de sus dudas, habían sabido mostrarle prestos el camino de regreso a la devoción y la firmeza. Tenía el canónigo otra posesión, es cierto, un segundo cilicio de cintura, que hacía muchos años su carne había engullido. Y ahora lo llevaba ahí clavado, a medio camino entre el aire y las entrañas, para recordarle siempre, a cada instante, que él era un ser falible, imperfecto, lleno de dudas y temores.

Sacó sin ceremonia las disciplinas de su estuche, los cilicios, la *armada invencible* de su fe³, toda, en pleno, porque a su entender la magnitud de esta falta, el cuestionar un mandato que no le favorecía, ameritaba con mucho la cantidad y el rigor del castigo por venir. Francisco acarició con ternura las correas raídas, manchadas por la sangre de otras culpas, sangre suya de muchos años, mezclada toda: sangre de niño atormentado, de muchacho indeciso, de hombre sin demasiadas convicciones. Y por encima de todo sangre de viejo. Viejo devoto, convencido, creyente.

Acaso muchas sangres y un mismo miedo.

Primero se despojó despacio de la capa negra, luego arrancó el ropón otrora blanco que se le había pegado a las heridas de la espalda, después ató las cuerdas con las púas en torno a los muslos, apretándolas de entrada lo suficiente para que al enterrársele las puntas inauguraran en el acto nuevos manantiales escarlatas. Pero no bastaba, a Francisco le quedaba claro que no bastaría nunca ese dolor precario, pues además de la soberbia de cuestionar los designios del Altísimo, había roto un juramento que protegió durante años: no ver nunca más el rostro de la Meiga. Pero esa madrugada no pudo evitarlo, y tras escuchar fuera de palacio del arzobispado las palabras de la Meiga, se quedó esperando a que ella levantara el cuello, y entonces le vio de nueva cuenta la cara, entre sombras, bajo la capucha oscura, y en ese rostro que era espejo del maligno, Francisco de Aguiar y Seijas vino a confirmar la totalidad de sus dudas.

La promesa aquella, de no verla a la cara, venía desde una tarde lejana de la infancia, del tiempo cuando esa misteriosa mujer se le volvió poco a poco inevitable y por lo tanto no podía dejar de buscarla, de espiarla, de asomarse a las ventanas de la casa paterna, de

hurgar en las esquinas o en las ceremonias religiosas. En ese tiempo ahora lejano donde a Francisco le era imposible no pensarla. Sólo una vez, antes de ahora, se atrevió a mirarla a la cara, a la Meiga, sólo una vez puso atención a los labios entreabiertos, sensuales, que se movían no como a la mitad de un rezo sino como al final de una maldición. Nada más una vez antes de ahora la miró a los ojos, ojos grandes, negros, acostumbrados tanto a transitar como a transmitir oscuridades. Sólo una vez la había visto cara a cara, aunque lo que sí no pudo evitar nunca fue notar el cuerpo insinuándose bajo los finos vestidos, un cuerpo firme, vigoroso, sugerente.

Después, aunque durante años no paró de encontrársela por todas partes, logró al menos ya no buscarle la mirada. Entonces y ayudado por su miopía, fue cosa de bajar la vista al pasar junto a ella, y observar tan sólo de reojo sus faldones largos, siempre negros, viudos, arrastrándose como una caricia impía sobre la tierra. Y a pesar de ya no verla nuevamente, nunca pudo dejar de saber, aterrado, que ella siempre lo observaba con su mirar de hechicera, escudriñando la profundidad de sus dudas, nombrándolo cada vez con su nombre verdadero: Francisco, tú eres el maligno.

Y ahora, luego de tanto, él, Francisco de Aguiar y Seijas, de niño pasó a ser un viejo y en cambio ella, la Meiga, ella estaba intacta, igual de moza, acaso más perturbadora, con tal lozanía que hacía patente su pacto con el diablo. Aunque al parecer nadie, salvo Francisco, lo notaba, al parecer nadie en todo Compostela, salvo él, la miraba incorruptible.

Después, al terminar de mortificarse el muslo, el canónigo aseguró el cilicio de cintura, y se hizo daño sobre el daño, pues no había una sola parcela ahí donde hincar el metal por vez primera. La sangre aquí manó más generosa, sin prisa, sin pausa. Después Francisco

caminó despacio, fue sintiendo la contundencia del suplicio hasta el reclinatorio, se paró de frente al crucifijo para no caer en la tentación de compadecerse de sí mismo, para tener presente que existía la desmesura de dolores otros, esos que el hijo de Dios soportó y que él jamás había padecido. Y entonces finalmente se arrodilló sobre el paseílo de guijarros para ahora mortificar las rodillas, y luego tomó con un gesto de firmeza las siete disciplinas, acarició con gratitud las cuentas de plata cruda, medio bruñidas con los huesos de su espalda, y comenzó sin más dilación la tanda de azotes, la primera, que lejos de redimirlo lo llenó de mundana soberbia, porque este dolor, si bien es cierto que no tan desmesurado como el de la crucifixión, al menos era auto infligido, que eso, de seguro, al valorar los dolores, de algo ha de valer.

Se precisaron treinta y siete azotes para lograr la primera caída.

Pero Francisco cayó.

Y ahí, derrumbado, con las rodillas hiriéndose en las frías baldosas de barro, le vinieron a la mente las palabras de san Ignacio de Antioquía, el santo que de joven lo habría impresionado con sus tesis de que en la vida el principio es la fe, y el fin la caridad.

“Dejad que sea entregado a las fieras...

para que puedan ser mi sepulcro...

Entonces seré un verdadero discípulo de Jesucristo...”⁴

Luego pensó en de algún modo reconfortarse, en prometerse que acaso tolerar el incomparable suplicio que le esperaba al atravesar el mar hacia los territorios de las Indias, resultaría en su arribo a una región mucho más pecadora que la península, una parcela más

adentrada en el infierno, tierra de idólatras, donde hicieran falta hombres con una fe como la suya para enfrentar al imperio del Demonio, un lugar donde se desconoce la fe de Cristo, una región donde por supuesto mucha más falta haría su convicción. Además, quedaba siempre la esperanza de que con el viaje remediara la cercanía de la Meiga, quizá yéndose Francisco tan lejos, ella desistiría de su gusto por seguirlo, aunque en realidad no le quedaba la menor duda de que ni marchándose tan lejos estaría a salvo de esa mujer y de su mundo tentador, porque si luego de tanto andar por la vida tenía Francisco de Aguiar y Seijas alguna certeza, era ésta: no importando cuán lejos se marchara, el demonio siempre lo seguiría. Y las Indias eran de suyo un lugar pútrido y corrupto, prueba de ello, era la cantidad de hombres de la iglesia que habían ido hasta allá con la intención de emular el martirio los santos y en cambio, a los pocos meses de tolerar un sincero sufrimiento, habían abandonado sus convicciones para empezar a enriquecerse con descaro; aceptando toda clase de prebendas, que iban desde tierras, minerales y ganado, hasta el frecuentar mujeres.

-Recibir corrompe -dijo, y se dio otros cuarenta y tres azotes.

Tras la segunda tanda de golpes volvió a derrumbarse, ahora sobre un pequeño charco formado con su sangre, y al contactar de nuevo con la fría humedad de las losas sintió ahora un consuelo que no hizo más que avergonzarlo. Parecía haber cambiado, parecía haberse debilitado su fe con los años porque empezaba a desconfiar de su salvación. De poco valdría entonces el castigo, para qué una cintura herida, unos muslos perforados, una espalda azotada, para qué un cuerpo hostilizado pagando las culpas de un ser endeble, débil, las culpas de una voluntad flaqueante.

La vergüenza.

Luego se le ocurrió pensar que quizá esto que le pasaba fuera la noche oscura del alma⁵ de la que tanto hablaban Juan de La Cruz y santa Teresa. Quizá se tratara no tanto de evidenciar su debilidad como de conminarlo a la firmeza. Francisco se levantó, todavía exhausto, para retomar la severidad en el castigo y entonces ocurrió lo inverosímil, algo que no tenía o no parecía tener nada que ver con el castigo: hacia casi veinte años que su pene no se erguía, casi veinte años sin un exabrupto que fuera preciso paliar a fuerza de azotes, lo menos cincuenta azotes, ninguna humedad nocturna que requiriera cien azotes. Y ahora ahí, de rodillas frente al crucifijo, fuera de todo contexto, mientras se abocaba a macerar las vergüenzas de la duda, venía a padecer la sensación de que la bestia entre sus piernas se alebrestaba. Lo peor era que ya ni siquiera se precisaban de los malos pensamientos para enturbiar las convicciones y alentar a la carne, porque no había hecho otra cosa que pensar en el dolor. Luego entonces: el Demonio. De muy poco valieron los muchos azotes que siguieron, ya imposible de llevar la cuenta, de poco valían también las subsiguientes caídas que lo dejaban arrastrándose como un perro, con las manos adormecidas y la piel de la espalda desgajada. De poco valía nada, si ese dolor desmesurado finalmente tan sólo logró mutar su anhelo expiatorio en una nueva vergüenza, una mayor vergüenza, un nuevo gozo, un hallazgo: el dolor no era ya el móvil de su redención sino el camino hacia el placer.

La confusión iba en aumento.

Francisco no lo podía resistir, pues acaso este hallazgo era no sólo lo peor que le pudiera suceder, sino que además era lo requerido para saber que no encontraría nunca una tregua; porque si todas las rutas, incluso las del martirio, van hacia el pecado, si también el dolor termina siendo condenante, entonces está de más cualquier suplicio.

-¿Por qué Señor me has abandonado?

Francisco deseaba la contrición, pero en cambio había terminado explotando de placer, exhausto. Y tan sólo le quedaba ahora la claridad de que lo suyo no era más que una impostura, una atrición resultante de su desaprobación ante el pecado, de su miedo a las penas del infierno.

Tarde lo supo; sin importar mucho lo que hiciera terminaría sucumbiendo en la desesperanza de la peor manera, comprendiendo que todos sus esfuerzos, que todos los dolores, pasados y futuros, habrían de ser en vano.

Y entonces, Francisco de Aguiar y Seijas, dudó si a él le sería dada la salvación.

¹ Así como a las brujas en el territorio de Galicia se les denomina como “meigas”, a sus hechizos y brujerías se les denomina “meigallos”. Mircea Eliade en su libro *Brujería, ocultismo y modas culturales*, Barcelona-México, Paidós Ibérica, 1997, 161 pp. (Paidós orientalia), analiza cómo los orígenes de la brujería occidental guardan posible relación con rituales y creencias precristianas. En general, se creía que las brujas eran capaces de provocar sequías, esterilidad, epidemias, granizos y muerte.

Eliade describe en el libro antes citado a los siglos XV, XVII y XVIII, como tiempos en los que hubo “epidemias” de brujería, si bien esto no es privativo o específico de Galicia, el autor se refiere a la manera en la que la Santa Inquisición tuvo la tendencia, en general, a asimilar la brujería con la herejía. Esto es, que las prácticas rurales y tradicionales precristianas de cada localidad fueron asociadas a la brujería. Al respecto véase: Jaime Contreras, *El santo Oficio de la Inquisición en Galicia, 1560-1700: poder, sociedad y cultura*, Madrid, Akal, c1982, 706 p., il. (Akal universitaria. Serie historia moderna ; 34); o bien, el lector también se puede dirigir a: Carmelo Lisón Tolosana, *Brujería, estructura social y simbolismo en Galicia: antropología cultural de Galicia 2*, 3ª ed., Madrid, Akal,1987, 453 p., il. (Akal universitaria, 54; Antropología).

José Deleito y Piñuela, en su obra, *La vida religiosa española bajo el cuarto Felipe: santos y pecadores*, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, 384 pp; señala que en Galicia, el Tribunal de Santiago llegó a impedir una epidemia de histerismo en 1611 motivada por la aprehensión de una mujer llamada Lange Beatriz Fernández, acusada de meiga y que una vez torturada, confesó tener doscientos cómplices.

En general, a las meigas se les asociaba con las sequías, la hambruna y las pestes. La primera mitad del siglo XVII estuvo marcada por eventos económicos y sociales que provocaron pobreza y hambruna.

² El 20 de agosto de 1677 es nombrado obispo de Michoacán, actual Archidiócesis de Morelia, por lo que embarcaría con destino a América al año siguiente. No obstante, sólo permanecería en el cargo tres años, pues en 1680 es nombrado por el Papa Inocencio XI arzobispo de la Nueva España, actual Archidiócesis de México. Según la biografía que existe como recurso electrónico en www.artehistoria.com El resto de las referencias con respecto a los nombramientos de Aguiar, se desprenden tanto del texto de Fernando Benítez, *Los Demonios en el Convento*, México, Era 2003, como de Antonio Rubial, *Los libros del deseo*, México, Grijalbo 2004.

³ En referencia al nombre con que se conocía a la flota bélica del imperio español, misma que a mediados del siglo XVII comenzó a perder su preeminencia naval ante la ingeniería marítima y los ataques de los corsarios ingleses. Véase al respecto: Vicens Vives, J. (dir.), *Historia social y económica de España y América*, Vol. 3 "Los Austrias imperio español en América", 586 pp., Barcelona, Editorial Vicens-Vives, 1982, 5 vols., il. (Libros Vicens bolsillo).

⁴ San Ignacio de Antioquía fue discípulo directo de San Pedro y San Juan; Segundo sucesor de Pedro en el gobierno de la Iglesia de Antioquía; El primero en llamar a la Iglesia "Católica". Condenado a morir devorado por las fieras, fue trasladado a Roma y allí recibió la corona de su glorioso martirio el año 107, en tiempos del emperador Trajano. En su viaje a Roma, escribió siete cartas, dirigidas a varias Iglesias, en las que trata sabia y eruditamente de Cristo, de la constitución de la Iglesia y de la vida cristiana.

Carta a los cristianos de Roma: Esta cuarta carta es una súplica para que no le impidan ganar su corona del martirio. No quería que los influyentes trataran de obtener una mitigación de la condena, ya que el cristianismo había conseguido adeptos en sitios elevados. Había hombres como Flavio Clemente, primo del emperador y los Acilios Clabrones tenían amigos poderosos en el imperio. Luciano, satirista pagano (c. 165 P.C.), quien seguramente conoció estas cartas de Ignacio, da testimonio de lo anterior.

Temo que vuestro amor, me perjudique" escribe el obispo, "a vosotros os es fácil hacer lo que os agrada; pero a mí me será difícil llegar a Dios, si vosotros no os cruzáis de brazos. Nunca tendré oportunidad como ésta para llegar a mi Señor ... Por tanto, el mayor favor que pueden hacerme es permitir que yo sea derramado como libación a Dios mientras el altar está preparado; para que formando un coro de amor, puedan dar gracias al Padre por Jesucristo, porque Dios se ha dignado traerme a mí, obispo sirio, del oriente al occidente para que pase de este mundo y resucite de nuevo con El ... Sólo les suplico que rueguen a Dios que me dé gracia interna y externa; no sólo para decir esto, sino para desearlo, y para que no sólo me llame cristiano, sino para que lo sea efectivamente . . . Permitid que sirva de alimento a las bestias feroces para que por ellas pueda

alcanzar a Dios. Soy trigo de Cristo y quiero ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en pan sabroso a mi Señor Jesucristo. Animad a las bestias para que sean mi sepulcro, para que no dejen nada de mi cuerpo, para que cuando esté muerto, no sea gravoso a nadie ... No os lo ordeno, como Pedro y Pablo: ellos eran apóstoles, yo soy un reo condenado; ellos eran hombres libres, yo soy un esclavo. Pero si sufro, me convertiré en liberto de Jesucristo y, en Él resucitaré libre. Me gozo de que me tengan ya preparadas las bestias y deseo de todo corazón que me devoren luego; aún más, las azuzaré para que me devoren inmediatamente y por completo y no me sirvan a mí como a otros, a quienes no se atrevieron a atacar. Si no quieren atacarme, yo las obligaré. Os pido perdón. Sé lo que me conviene. Ahora comienzo a ser discípulo. Que ninguna cosa visible o invisible me impida llegar a Jesucristo. Que venga contra mí fuego, cruz, cuchilladas, desgarrones, fracturas y mutilaciones; que mi cuerpo se deshaga en pedazos y que todos los tormentos del demonio abrumen mi cuerpo, con tal de que llegue a gozar de mi Jesús. El príncipe de este mundo trata de arrebatarme y de pervertir mis anhelos de Dios. Que ninguno de vosotros le ayude. Poneos de mi lado y del lado de Dios. No llevéis en vuestros labios el nombre de Jesucristo y deseos mundanos en el corazón. Aun cuando yo mismo, ya entre vosotros os implorara vuestra ayuda, no me escuchéis, sino creed lo que os digo por carta. Os escribo lleno de vida, pero con anhelos de morir.

⁵ Noche oscura del alma pertenece a la literatura mística del siglo XVI. San Juan de la Cruz (Juan de Yepes) nació en Fontiveros (Avila) en 1542. Ingresó en la Orden del Carmelo donde conoció a su contemporánea Santa Teresa. Teresa de Jesús le integró en el movimiento reformador iniciado. La obra de Juan de la Cruz que aquí se refiere es Noche oscura del alma, y consta de dos libros: Libro primero: Noche pasiva del sentido, que consta de 14 capítulos, y Libro segundo: Noche pasiva del espíritu, que consta de 25 capítulos.